

En Homenaje a Irma Bárbara

“A orillas de otro mar, otro alfarero se retira en sus años tardíos. Se le nublan los ojos, las manos le tiemblan, ha llegado la hora del adiós. Entonces ocurre la ceremonia de la iniciación: el alfarero viejo ofrece al alfarero joven su pieza mejor. Así manda la tradición, entre los indios del noroeste de América: el artista que se va entrega su obra maestra al artista que se inicia.

Y el alfarero joven no guarda esa vasija perfecta para contemplarla y admirarla, sino que la estrella contra el suelo, la rompe en mil pedacitos, recoge los pedacitos y los incorpora a su arcilla”.
(Ventanas sobre la Memoria. Eduardo Galeano en “Las palabras andantes”).



Pensar y recordar a Irma es encontrar miles motivos por los que las Prácticas Docentes y de Enseñanza resultan tan apasionantes y complejas. Sin dudas, ha sido como el alfarero del que habla Eduardo Galeano, se ha retirado, pero siempre sigue presente porque ha dejado huellas significativas en quiénes hemos tenido el honor de compartir espacios de formación desde diferentes roles (cómo estudiantes y/o colegas).

Cuando pienso en mi proceso formativo e inclusive en mis prácticas docentes actuales, resulta inevitable recordar sus palabras, consejos y experiencias al mejor estilo Irma. Recuerdo que cuando era estudiantes del Profesorado en Ciencias Económicas, los procesos de formación docente, las lecturas y reflexiones que se trabajaban a partir de los textos vinculados a la Práctica Docente me generaban tensiones y hasta rechazo, quizás porque me parecían utopías que en mi trayectoria educativa previa no las había vivido.

Sin embargo, una tarde de jueves comencé a cursar Práctica Profesional II y todo esto cambió. En un aula con más de cien estudiantes, con casi 30° de calor, con poca ventilación, a las 14 horas de una tarde primaveral al estilo misionero, una docente se paró en el medio del aula con su mano en la cintura y comenzó a interpelarnos a partir de interrogantes (fiel a su estilo). Resultaba imposible no prestar atención a lo que planteaba, no pensar en lo que decía, pero desde un lugar diferente, no sólo desde la teoría, ni del “deber ser”, si no desde una mirada más compleja y real.

Nos volvimos a encontrar en los Talleres de Reflexión de la Práctica Profesional III, espacio en donde nos invitaba nuevamente a pensar, a interpelarnos, a tomar decisiones, a encontrar los por qué de esas decisiones y sin dudas era inevitable no admirar su pasión por la práctica docente, ese espacio no era obligatorio, pero nosotros sentíamos la obligación de estar, de ser parte y de sentir todo lo que ahí se vivía porque en cada encuentro algo mágico ocurría.

Al finalizar el cursado le pregunté si al año siguiente podría trabajar como adscripto con ella y con tanta generosidad me brindó ese espacio en el que continué formándome. Sin dudas, a partir de ese momento, mi mirada sobre la práctica docente se fue transformando.

Leer la historia de este alfarero y este ritual, en la que entrega al joven su pieza mejor antes de retirarse representa metafóricamente, las experiencias vividas durante sus últimos años como docente de Prácticas, debido a que durante esos años nos ha entregado su obra maestra a todos los que nos iniciamos a su lado y nos ha permitido asignarles nuevos sentidos.



Hoy... por momentos, me encuentro en Práctica Profesional II, algunos jueves a la 14 hs, con más de 30° de una tarde primaveral misionera, ya no como estudiante, sino como docente, con la mano en la cintura fiel a su estilo y pienso... cuántas huellas ha dejado en mí Irma, y que admiración ha despertado que por momentos “me sale el estilo Irma que llevo dentro” dirían Lorena y Camila. Que orgullo siento que la persona, la profesora a quién tanto admire y admiró siga estando presente en mi práctica docente.

Gracias por cada enseñanza, por asignarle valor a cada experiencia y sobre todo por ser una profesional auténtica y con tanta generosidad. Sé que no le gustan los homenajes, pero creo que se merece este reconocimiento, por todo lo que aportó y aporta a la educación, las huellas que dejó no sólo en mí, si no en todos los que hemos compartido espacios de formación a su lado. Podría escribir tantas cosas... pero creo que nada es suficiente para describir todo lo que construyó durante tantos años.

Walter Oviedo

Profesor

Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales
Universidad Nacional de Misiones